

Texto aparecido en el *Liber Amicorum Armin Mohler*, publicado en ocasión de su 75° aniversario:

Ulrich Fröschle, Markus Josef Klein y Michael Paulwitz [editores], *Der andere Mohler. Lesebuch für einen Selbstdenker. Armin Mohler zum 75. Geburtstag*, Limburg/M., San Casiano, 1995, pp. 25-30.

ARMIN MOHLER: UNA MIRADA

Me parece que es Niekisch quien llamaba a Ernst Jünger «el hombre de los ojos» (*der Augenmensch*). Para mí, el hombre de los ojos es Armin Mohler. Al decir esto, no pienso solamente en su gusto por la pintura ni en sus sorprendentes conocimientos en el dominio artístico. No pienso tampoco únicamente en las conversaciones que ambos sostuvimos sobre este tema, ni en la exposición de Lovis Corinth en Munich que visitamos juntos hace ya un buen número de años; ni en el viaje que hice a México teniendo como única guía turística su artículo dedicado al «muralismo» mexicano (es decir, a las obras de Diego Rivera, José Clemente Orozco y sobre todo David Alfaro Siqueiros). Todo esto se relaciona entre sí. Si no se hubiera volcado a la política, Armin Mohler sin duda habría sido uno de los mejores críticos de arte de su tiempo. Hay en él una vocación que podríamos denominar infinita si no hubiera sido objeto de una especie de transmutación. Mi convicción es, en efecto, que Armin Mohler *mira* la vida política y el desplazamiento de las ideologías a la manera de un artista y, más precisamente, a la manera de un pintor. Un sistema de pensamiento es para él, por principio, un paisaje que se revela, un panorama que se ofrece a las miradas. Así, cuando se pronuncia acerca de la Revolución Conservadora, es inicialmente para identificar sus *Leitbilder*, sus «imágenes conductoras». Y es en su predilección por la pintura –en detrimento de la música por ejemplo– donde veo también la fuente de su «nominalismo»: tal y como lo representa el artista, un paisaje siempre nos remite a una escena particular, a un contexto determinado. Nada de ciencia del objeto total; no hay representación pictórica de una «realidad general».

La oposición entre música y pintura es fundamental. Por un lado la abstracción, así sea admirablemente armoniosa, y por el otro la particularidad concreta. Siempre a propósito de la Revolución Conservadora, Mohler dice además que prefiere explicarse por medio de imágenes que mediante conceptos. Se trata de nuevo del mismo principio: las imágenes siempre son concretas y particulares, los conceptos son, la mayoría de las veces, generales y abstractos. *Wider die All-Gemeinheiten (contra la humildad del universo)*: he allí un propósito artístico. Pero este propósito nada tiene que ver con el simple reconocimiento de una especie de primado de la estética, que culminaría en la «estetización de lo político» de la que mucho se ha hablado. Su significación es más profunda. Se trata de reconocer que cualquier pensamiento es un asunto de formas, que cualquier saber tiene que ver con formas, que el fin mismo de la existencia humana es darse una forma y tener en la mira la excelencia de esta forma. Sin embargo, no hay una forma en sí. A veces he hecho desatinar a Armin Mohler diciéndole que negar la existencia de ideas generales representa, en sí, una de las ideas más generales que haya habido, pero en eso concordamos plenamente. Las ideas mismas son asunto de mirada. Y lo vemos por cuanto Mohler está algo predispuesto a adherirse a

una religión que privilegie la escucha sobre la imagen – el icono– o a una filosofía que haga del hombre abstracto, desvinculado de su particular pertenencia, el centro de su reflexión.

Es justamente esta mirada la que permite a Armin Mohler ir siempre a lo esencial. Siempre me ha sorprendido ese rasgo en él: inmediatamente va a lo esencial; jamás se detiene en los detalles, en las florituras. Dentro de un sistema de pensamiento –porque lo ve precisamente como un paisaje– él extrae inmediatamente las líneas de fuerza, es decir, las *perspectivas*. Lo mismo en su escritura: siempre tiene la palabra apropiada, la palabra justa. Armin Mohler: *the right word in the right place*. Recuerdo que un día me dijo que la mejor forma de hablar de un libro era no tomar ninguna nota y, después de cerrarlo, limitarse a arrojar sobre el papel lo que se había retenido. Jamás olvidé esta lección (¡que mal que bien seguí!). De su gusto por lo esencial deriva su menosprecio por las conversaciones mundanas y las discusiones inútiles. Y si a veces parece un poco *rudo* con alguien, es porque detesta perder su tiempo y, aún más, que se lo hagan perder.

Otro rasgo que siempre me sorprendió en Armin es su independencia de espíritu y su rechazo de las ideas preconcebidas. Por supuesto que nuestros pensamientos no se forman solos, pues se construyen al entrar en contacto con otros; pero no hay un verdadero pensamiento personal que no sea autónomo en gran medida. Sin embargo, en el caso de Armin Moler dicha independencia de espíritu va más allá de la generalidad de los casos. Es de una independencia perfecta respecto de las modas o las ideologías dominantes, como lo demuestran sus trabajos contra la *Umerziehung* (*Reeducación*) y el *Charakterwäsche* (*Lavado de cerebro*), que constituyen una especie de hilo conductor a lo largo de su obra –rasgo de una obstinada fidelidad al país que escogió–, pero no es menos independiente respecto de los prejuicios de sus allegados o de quienes «piensan como él»; encuentro esta cualidad mucho más meritoria aún. Mohler no es de los que, de cara a un acontecimiento, una idea o una situación inédita, razonan en función de un *a priori* dictado por su pertenencia a cualquier «familia». No piensa cualquier cosa porque «haya que pensarla», sino porque él mismo está convencido de ella. Por lo mismo no tiene enemigos por principio; sólo adversarios a quienes siempre supo reconocer e incluso encomió sus cualidades. Ya se trate de escribir sobre los rascacielos de Chicago o sobre el «Pompidolium» parisino, en cualquier caso busca hacerse una opinión por sí mismo. Publica artículos sobre Irlanda, Francia, México o los Estados Unidos, pero nunca habla de países a donde no haya ido. Decide en función de lo que ha visto o de lo que ha leído, pero sin jamás presumir nada. A esto se suma su extraordinaria curiosidad, rasgo que le permitió, a lo largo de su vida, descubrir lo que la mayoría habría pasado por alto: la importancia particular de un Hans Blüher o un Friedrich Georg Jünger, el interés que revisten los trabajos de Zeev Sternhell, de Panayotis Kondylis o la escuela de Palo Alto. Ese discurrir es el de un explorador que marcha por delante de la tropa: descubre antes que otros los caminos a tomar, señala los paisajes por explorar.

Pero es también el de un solitario, de un *Einzelgänger*. En verdad, desde una perspectiva estrictamente nominalista, ¿qué podría tener de más particular que a sí mismo? El explorador debe preceder a la tropa, pero no se confunde con ella. Mohler no es hombre de grupos, de partidos, de reuniones de masas. El valor de su obra proviene de su originalidad, pero la originalidad nunca puede servir de voz de orden. Es admirado y amado, pero no tiene discípulos. Esto es quizá lo que le permite tener amigos que le son fieles tanto como él mismo es fiel en la amistad. Pues entre amigos

la admiración y el amor siempre pueden durar, y no disminuyen entre sí, mientras que los discípulos no pueden mantenerse así so pena de traicionar a sus maestros.

Mohler, finalmente, y por todas las razones que acabo de exponer, es un hombre de lo real. «Sólo el monstruo –escribe Cioran– puede permitirse el lujo de ver las cosas tal como son». Armin Mohler es ese «monstruo». Nadie más ajeno que él a la utopía. Por supuesto que encontramos aquí su nominalismo, es decir, la mirada que no puede proceder más que a partir de situaciones particulares, a partir de lo que somos *hic et nunc*. Las ideas mismas no escapan a esta perspectiva: no valen más que en relación a situaciones concretas –y las mejores de ellas pueden volverse locuras o enfermedades. Es otra vez Cioran quien nos dice que «la ideología por sí misma no es buena ni mala. Todo depende del momento en que se adopte». Mohler es demasiado cuidadoso de los contextos –demasiado «consecuente» dirían los anglosajones– como para no convalidar de alguna manera esta afirmación. Y lo mismo vale para las enemistades. Como su maestro Carl Schmitt, Mohler jamás olvida que el adversario de ayer puede ser el aliado de mañana: *Agon*.

*

Hace ya tanto tiempo que conocí a Armin Mohler –al menos treinta años– que no recuerdo las circunstancias exactas en las que ocurrió. Tal vez fueron amigos italianos quienes, a inicios de los años sesenta, me hablaron por primera vez de él. En esa época, para mí sólo era el autor de la *Konservative Revolution in Deutschland*. Su libro fue una revelación. Para ser completamente honesto, debo decir que en ese momento, con mi vacilante alemán cuyos rudimentos había adquirido en el azar de los viajes, apenas era capaz de leer ¡el índice! Pero veía que allí se diseñaba un nuevo paisaje: la imagen de una «derecha» de convicción que no era ni liberal ni nazi –¡y moderadamente cristiana! Asombroso descubrimiento. Ingresé a este universo como a un apartamento que hubiesen amueblado antes de acuerdo a mis gustos. En el curso de los siguientes años yo iba a inventariar detalladamente todas las piezas. Eso se tradujo en artículos, después en folletos, libros, traducciones. Desde inicios de los años setenta me ocupé de publicar en Francia la traducción de un enorme libro de Mohler, basándome en su edición alemana más reciente, y entonces la más voluminosa¹. Necesité veinte años para lograr este objetivo que cualquier editor consolidado habría considerado una locura. (Creo haber dedicado más tiempo a este proyecto que el que consagré a cualquiera de mis libros.) En los países vecinos (pienso en particular en Italia) el libro tuvo paralelamente un efecto desencadenante. Hoy se ha traducido en toda Europa y lo comentan los autores de la Revolución Conservadora. Los mismos alemanes, que tardaron cierto tiempo en redescubrirlo, ¿sabrían que sin Armin Mohler indudablemente no habría pasado nada?

Me pregunto en términos más generales si los alemanes de hoy son concientes del papel que desempeñó Mohler en la difusión –en el seno de las «nuevas derechas» europeas– del patrimonio político-cultural de su país. Esto tampoco le importa mucho, pues los demás países europeos se interesan aparentemente más en Alemania ¡que lo que ésta se interesa en ellos! Pero el hecho es que Mohler ha sido en Europa uno de los mejores embajadores de su país de adopción y de elección. Y especialmente en Francia, donde pasó tantos años y conoció tanto mundo. Su origen suizo quizás le facilitó la tarea, y le ayudó a convertirlo en una especie de «puente» entre Francia y Alemania. Un puente frágil e incierto, además. Desde la época del general de Gaulle, Armin Mohler

frecuentemente dio ejemplos franceses a los alemanes, tal y como yo proporcioné ejemplos alemanes a los franceses. ¿Hemos sabido convencernos el uno al otro? A veces tengo la impresión de que Francia y Alemania están destinadas a amarse o a detestarse, sin llegar jamás a comprenderse –quizá porque ambos países no son, sencillamente, del mismo sexo... Sea lo que fuere, el hecho es que Armin Mohler conocía admirablemente Francia; él mismo ha escrito muchos libros sobre ella –que no han sido traducidos al francés. Séame permitido añadir que no solamente conoce a Francia mejor que la mayoría de los alemanes, sino también mejor que muchos franceses. Ya se hable de Rivarol o de Joseph de Maistre, de León Bloy, de Sorel, de Céline, de Clément Rosset o de Cioran, él casi siempre tiene la palabra más justa.

*

Los recuerdos, también, son imágenes. Casi todos los momentos de mi vida en los cuales Armin Mohler y su esposa estuvieron presentes están en mi memoria. Pienso en nuestro amor común por las artes, las bibliografías y los gatos. En la inolvidable conversación en una pequeña plaza de Innsbruck. En los coloquios que nos reunieron en Niza, en Turín o en París. En el humor de Armin. En el vistazo que echa a las cosas. En las invitaciones a nuestras respectivas casas. En nuestras charlas por teléfono. En sus cartas, donde el nombre de la ciudad o del país invariablemente está escrito en el sobre con enormes caracteres, como si pensara ¡que los carteros están ciegos!

En Munich, Liebigstraße, Edith siempre vela por «Arminio» quien, como su amigo Michel Mourre, gusta trabajar de noche. La noche, en la que nos hemos sumergido por decenios. Durante todo este tiempo, en los sobres de mis cartas, escribía como destino «Alemania Occidental». Después, un día de 1989, pude escribir «Alemania» –así, en corto. Acabábamos de cambiar de siglo.

Querido Armin, qué suerte cambiar el siglo juntos.

Alain de BENOIST

Traducción de José Antonio Hernández García

¹ Armin Mohler, *La Révolution Conservatrice en Allemagne, 1918-1932*, Puisseaux, Pardès, 1993, 894 pp., trad. de Henri Plard y Hector Lipstick. Igualmente publicó en la revista *Nouvelle Ecole* –fundada en 1968– la traducción de seis artículos de Mohler: «Devant l'histoire. Quelques remarques non systématiques», n° 27-28, otoño-invierno de 1975, pp. 190-192, trad. de Paul Kornprobst; «Le tournant nominaliste. Un essai de clarification», n° 33, otoño de 1979, pp. 13-21, trad. de Henri Plard; «Le "muralismo mexicano", un art populaire de notre temps», n° 39, otoño de 1982, pp. 45-66, trad. de Henri Plard y Michel Rey; «Le "style" fasciste», n° 42, otoño de 1985, pp. 59-86, trad. de Henri Plard; «Schmittistes de droite, schmittistes de gauche et...schmittistes établis», n° 44, primavera de 1987, pp. 63-66, trad. de Jean-Louis Pesteil; «Kondylis, l'anti-Fukuyama», n° 47, 1995, pp. 119-127, trad. de Jean-Louis Pesteil.